



El hombre, desde su infancia, posee una predisposición natural en torno al fenómeno religioso, que se va configurando de forma simultánea a su desarrollo como persona.

La imagen de Dios y el concepto de lo sagrado tiene un proceso de crecimiento y personalización similar al que todos realizamos en torno a cualquier otra dimensión de la vida. La persona crece, y también lo hace su fe. Este cambio, enriquecedor y positivo, queda sin embargo condicionado por las experiencias que el niño observa y vive en el ambiente familiar más cercano.

Nadie puede negar que la religiosidad natural del niño proviene de la necesidad que éste posee de un mundo feliz y tranquilizador que descubre en los mayores. Ellos, con su forma de manifestarse, son transmisores de valores que afirman o niegan la trascendencia.

La familia es, sin duda, la primera estructura socializadora del sujeto. La dimensión religiosa no escapa a esta influencia, sino que se beneficia de ella, dándole un matiz afectivo de carácter comunitario. Sin embargo, no es ésta la única institución social que contribuye a educar esta dimensión. La escuela, con su tarea específica de ayudar al hombre a desarrollarse en plenitud, contribuye de modo activo para que el alumno busque el sentido último de la vida.

La familia y la escuela necesitan de una cooperación y un encuentro para desarrollar, de forma conjunta, esta difícil tarea.

El niño requiere de la orientación intelectual, procedimental y

actitudinal del profesor, para interpretar, desde una clave de diálogo y compromiso, la relación fe-cultura; pero, a su vez, requiere de un lenguaje simbólico y de unas actitudes en el ámbito de la experiencia, que recibe de sus padres y hermanos. Se trata de dos ámbitos complementarios que despiertan en la persona el sentido de Dios, la expresión religiosa y de fe, a través de un lenguaje personal y de unos signos de expresión comunitaria.

Esta bipolaridad educativa del ámbito religioso provoca en el profesor la necesidad de actuar de puente, para que las dos realidades comunitarias —familiar y escolar— se encuentren estableciendo un diálogo fecundo, que permita madurar al sujeto desde esta doble referencia.

Sólo desde este intercambio será posible que la fe heredada se convierta con el tiempo en fe adquirida por la propia persona, asimilando, desde cada período de la vida del niño, los elementos propios de la religiosidad.

Descubrir el acontecimiento salvador de Cristo requiere de un proceso dinámico condicionado por el desarrollo psicoevolutivo del niño. Es, a su vez, un acto comunitario que se vive como expresión de la Iglesia local, tanto en la familia como en la escuela, con la aportación y el testimonio de todos los bautizados.

El niño, que ocupa nuestras aulas en el presente, será en el futuro el transmisor de un estilo de vida evangelizador, que mostrará al mundo el auténtico sentido de la Buena Nueva. Entre tanto, la tarea de los padres y de los educadores no puede ser otra que acercarle a la Verdad con nuestro conocimiento y nuestro compromiso.

Con mi bendición y afecto,

*+ Argentina, arz. de Valence*